

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.

INSTANTÁNEAS

Antonio Cremades

FINALISTA EN LOS PREMIOS:

**"CIUDAD DE ALCORCÓN" 2001
"KUTXA" CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN 2002
I PREMIO "BECKETT" 2005**

PERSONAJES

PEDRO
HELENA

ESPACIO ESCÉNICO.

Ático. En el lado izquierdo hay una ventana abierta desde la que se divisan los tejados de la ciudad. En el lado derecho una mesa de madera color cerezo con tres sillas de un diseño clásico. Una puerta que comunica con el pasillo. Al fondo una cama con cabezal metálico y la puerta que da al cuarto de baño. En todas las paredes de la estancia, que presenta una aire, no se sabe muy bien por qué, de provisionalidad, hay fotografías, de diversos formatos, en blanco y negro y en color, fijadas con chinchetas, todas ellas con un único motivo: el rostro de Helena, visto desde todos los ángulos y perspectivas imaginables.

PROLOGO.

VOZ EN OFF DE PEDRO:

(Sentado a los pies de la cama. Junto a él una montaña de fotos que a lo largo del monólogo irá rompiendo en mil pedazos. Un velo de oscuridad cubre la traición.)

Hay dos clases de personas:
las que se afanan en la búsqueda
y aquellas que se resignan a la espera.
De algún modo,
ambas intenciones,
ambos caminos,
tienden al encuentro,
se confunden.
Pero eso no lo supe hasta más tarde.

(Pausa breve.)

¿Un comienzo?

(Pausa breve.)

La vida se entrega en episodios,
fragmentada,
como una colección de instantáneas
ordenadas por el azar
del recuerdo.
Pongámosle una fecha: diecisiete de abril.
Las fotografías tienen color de atasco,
aire de tormenta
y la imagen de un vuelo cancelado.

(Pausa breve.)

¿El encuentro?

(Pausa breve.)

Un estúpido tropiezo,
torpes como éramos bajo la lluvia
y el posterior intercambio de disculpas.
La complicidad de una agenda sin horarios nos convidó a compartir café,
taxi
y habitación de hotel.

Lo que ocurrió después pertenece a la anécdota,
carece de importancia.

(Pausa breve.)

Me llamo Pedro,
tengo treinta y ocho años
y todavía sigo esperando.

*(Lanza al aire los restos de fotografías mientras se hace el oscuro. Oímos
en una radio lejana el tema "Private investigations" de Dire Straits.)*

1

(Ahora es Helena la que aparece sentada a los pies de la cama ojeando las fotografías en actitud de espera. Viste un traje de calle muy elegante. Entra Pedro, lleva un mono y debajo de él una camiseta del mismo color, manchados de pintura, grasa y sudor. Trae una caja de herramientas. Al verla se detiene.)

PEDRO: *(Sorprendido por su presencia.)* ¡Ah! No sabía que estuvieras aquí.

HELENA: Hola.

PEDRO: Hola.

(Pausa breve.)

HELENA: Otra vez...

PEDRO: ¿Qué?

HELENA: ...te has dejado la puerta abierta.

PEDRO: ¿En serio? No me he dado cuenta.

HELENA: Siempre sales con lo mismo. Algún día te llevarás una sorpresa.

PEDRO: ¿Cuándo has llegado?

HELENA: Hace ya un buen rato. No eran las siete todavía. Si te retrasas cinco minutos más no me encuentras. Estaba a punto de marcharme. *(Molesta por la escasa importancia que le da Pedro al hecho.)* No entiendo cómo se puede ser tan descuidado...

PEDRO: No avisaste.

HELENA: Tampoco sabía.

(Pausa.)

PEDRO: ¿Es nuevo?

HELENA: Aunque... *(Paseando sus ojos por la habitación.)* bien mirado... aquí tampoco es que haya gran cosa por lo que merezca la pena preocuparse... *(Pausa*

breve.) ¿Decías?

PEDRO: Ese vestido que llevas...

HELENA: ¿Qué?

PEDRO: ¿Es nuevo?

HELENA: No. Del año pasado.

PEDRO: Nunca lo trajiste antes, me refiero.

HELENA: Quizá...

PEDRO: *(Convencido.)* Seguro.

HELENA: No suelo ponérmelo mucho.

PEDRO: Pues deberías. Te sienta fantásticamente.

HELENA: Es el color que me favorece.

(Pausa breve.)

PEDRO: *(Por la caja de herramientas.)* Dejo esto y en seguida estoy contigo.

(Pedro desaparece pasillo adentro. Helena continúa mirando las fotos con desgana. Regresa segundos después. Se ha quitado el mono y puesto un pantalón vaquero y un polo blanco. Trae una cámara de fotos colgada al cuello.)

PEDRO: *(Regulando el objetivo.)* Quédate así.

HELENA: *(Girándose.)* Hoy no, por favor.

PEDRO: No vuelvas la cara. Sigue mirando las fotos. *(Acciona su cámara fotográfica.)*

HELENA: *(Sin hacerle el menor caso.)* ¿De dónde vienes?

PEDRO: *(Sentándose junto a Helena.)* Estuve echándoles una mano.

HELENA: *(Que no puede ocultar su enojo.)* No deberías implicarte. Y mucho menos del modo que lo haces.

PEDRO: ¿Implicarme?

HELENA: Te pasas el día entero metido allí. No creo que eso pueda traerte nada bueno. ¿Me quieres explicar qué puñetas se te ha perdido...? Desperdiando un tiempo que deberías estar dedicándole al proyecto. Luego vendrán las prisas. Y los arrepentimientos.

PEDRO: Hablas así porque no los has visto.

HELENA: Sólo problemas. (*Pausa breve.*) Tú ya tienes bastante con los tuyos.

PEDRO: Aquello no reúne condiciones.

HELENA: ¿Y esto sí?

PEDRO: Viven hacinados. He llegado a contar hasta quince... en poco más de ochenta metros cuadrados. (*Pausa breve.*) Algo verdaderamente inhumano.

HELENA: Ya sé lo que me vas a contestar...

PEDRO: Apenas tienen muebles, ni ropa. Duermen cinco o seis en una misma cama. Bueno... cama... si a un mugriento colchón se le puede llamar así.

HELENA: Deberías plantearte seriamente lo de trasladarte... Este edificio es... (*No se atreve a seguir o no encuentra el calificativo.*)

PEDRO: Les he cambiado el dosificador de la ducha y el grifo del fregadero. No sé cómo me las arreglé pero al final he conseguido poner en marcha el calentador eléctrico. Por lo menos podrán asearse como Dios manda sin tener que coger una pulmonía. Las cañerías están prácticamente podridas, inservibles por la cal y el desuso.

HELENA: Que se las apañen con el casero, que es a quien le deben pedir cuentas.

PEDRO: ¡A bueno has ido a nombrar! Como era de esperar, se ha desentendido, no quiere oír hablar ni una palabra de reformas.

HELENA: Y ahora con todos esos danzando por los pasillos...

PEDRO: ¿Trasladarme?

HELENA: Lo que le faltaba...

PEDRO: ¿Para qué?

HELENA: Sabes perfectamente...

PEDRO: Aquí estoy bien.

HELENA: ...que nunca me ha gustado este barrio.

PEDRO: Además...

HELENA: Tan apartado de todo.

PEDRO: ¿Dónde encontraría algo similar por este precio? (*Pausa breve.*) En ninguna parte. (*Por la fotografía que está mirando Helena.*) Una pena, ¿verdad? Han salido demasiado oscuras.

HELENA: Mejor.

PEDRO: Falta de exposición.

HELENA: Ya sabes que yo...

PEDRO: Un error de principiante.

HELENA: ... podría ayudarte con el alquiler... Sólo durante una temporada... Hasta que sepas algo de lo tuyo...

PEDRO: *(Incorporándose.)* Creo que eso ya lo discutimos en su momento. *(Fija la fotografía a la pared con una chincheta.)*

HELENA: Sí, y sé perfectamente cuál es tu opinión al respecto... pero... *(En otro tono.)* Ayer fui a ver un apartamento.

PEDRO: Ahora que lo pienso...

HELENA: Está bastante céntrico, y a la zona todavía se la puede calificar de tranquila, ya lo comprobarás por ti mismo. La distribución es magnífica: tres habitaciones, una de ellas a exteriores, una cocina de quince metros cuadrados, dos cuartos de baños completos, todo ello prácticamente sin pasillo, y al ser un tercero hay luz de sobra durante todo el día. Es más, como aquel que dice, lo estrenarías tú. El edificio es nuevo, lo construyeron hace dos años y medio. Tan sólo ha habido un inquilino anteriormente y apenas estuvo unos meses.

PEDRO: Sería un buen tema.

HELENA: Hasta las medidas del salón son las ideales para tu estudio.

PEDRO: Para un artículo.

HELENA: Podrías instalarlo sin necesidad de grandes cambios. *(Pausa breve.)* Lo que piden es razonable. He quedado con que te pasarías el miércoles a eso de las siete y media.

PEDRO: Actual y humano. ¿No es eso lo que demanda ahora el público?

HELENA: ¿Prométeme al menos que irás a verlo?

PEDRO: ¿Qué te parece?

HELENA: ¿Quieres que te diga la verdad? No creo que podamos encontrar nada mejor. Pero hay que decidirse pronto. Una oportunidad como ésta te la quitan de las manos.

PEDRO: La entrevista.

HELENA: ¿Qué entrevista?

PEDRO: La que les vas a hacer.

HELENA: ¿A quién?

PEDRO: ¿A quién va a ser? A ellos.

HELENA: Yo no he dicho nada de hacer ninguna entrevista.

PEDRO: ¿Eres periodista, no?

HELENA: Sí, soy periodista.

PEDRO: Entonces...

HELENA: De una revista femenina, no lo olvides.

PEDRO: ¿Y?

HELENA: Un artículo así no tendría cabida.

PEDRO: ¿Por qué?

HELENA: No tratamos ese tipo de problemas.

PEDRO: Podrías hacer una excepción.

HELENA: No. Sería inútil. Marta nunca consentiría en publicarla. *(Pausa breve.)* Si quieres... te espero en el apartamento y lo vemos juntos.

PEDRO: No es necesario.

HELENA: Entonces...

PEDRO: Yo mismo podría hacer las fotos. Ellas hablarían por sí solas.

HELENA.: ¿Qué les digo?

PEDRO: No sé... Invéntate cualquier excusa.

HELENA: *(Incorporándose.)* ¿Tanto te cuesta?

PEDRO: *(Regulando el objetivo de la cámara.)* Eso es lo que deberías dejar bien claro en tu artículo.

(Helena se gira para darle la espalda en el momento del Flash. Segundos después se hace el Oscuro.)

2

(Helena y Pedro en la cama. La persiana de la ventana está echada pero un haz de luz que logra filtrarse a través de unas varillas mal encajadas nos hace pensar en una hora cercana al mediodía. Helena se incorpora, permaneciendo sentada en la cama unos segundos, mira a Pedro que le responde con una leve y apenas apuntada sonrisa; finalmente se levanta, se coloca el albornoz y se dirige al cuarto de baño.)

PEDRO: Pásame el tabaco, ¿quieres?

HELENA: ¿Dónde lo dejaste?

PEDRO: En el pantalón.

HELENA: *(Hurgando en los bolsillos del pantalón. Extrae un Zippo. Mostrándoselo.)* Aquí sólo está el encendedor.

PEDRO: *(Extendiendo la mano.)* No importa...

(Pedro abre uno cajón de la mesita de noche y saca una nueva cajetilla de Marlboro. Le quita el precinto y prende un cigarrillo.)

HELENA: ¿No te levantas?

PEDRO: Ahora.

(Pausa.)

HELENA: *(Casi para sí.)* Esta mañana...

PEDRO: ¿Eh?

HELENA: *(Subiendo a un tono normal.)* ...rompí el jarrón chino.

PEDRO: *(Lanzando el humo con delectación.)* Un chisme menos.

HELENA: *(Buscando su complicidad.)* ¿Te has parado a pensar alguna vez por qué suceden las cosas?

PEDRO: ¿Te refieres...

HELENA.: Estaba quitándole el polvo...

PEDRO: ...a lo nuestro?

HELENA: ... y de repente se hizo añicos ante mis ojos.

PEDRO: ¿Y por un dichoso jarrón te pones así?

HELENA: No era un jarrón cualquiera.

PEDRO: (*Impostando la voz en un intento de restarle importancia al asunto.*) Por supuesto que no. Nada menos que el jarrón chino.

(*Pausa breve.*)

HELENA: Lo adquirimos en Roma, después de uno de sus inacabables y tediosos congresos en los que me pasaba todo el santo día encerrada en la habitación del hotel. Al principio siempre me pedía que le acompañase en sus viajes. Aún no me había acostumbrado a salir sola... y mucho menos en una ciudad desconocida. (*Pausa.*) Fuimos a dar un paseo para hacer tiempo hasta la hora de la cena. Aquella noche llevaba puesto, lo recuerdo como si fuera ayer mismo, ese vestido rojo que a ti tanto te gusta, aunque he de reconocer que ya no me siento como entonces, (quince años no pasan en balde) y de repente comenzó a llover. Corrimos a refugiarnos bajo el enorme toldo azul de una tienda de artículos de regalo. (*Pausa breve.*) No pude resistir la tentación. (*Pausa breve.*) Pero esta mañana lo rompí.

PEDRO: Fue un accidente.

HELENA: No, no fue un accidente.

PEDRO: Olvídalo.

HELENA: Si hubiera sido un hecho aislado...

PEDRO: ¿Qué quieres decir?

HELENA: Últimamente... noto que me cuesta horrores concentrarme en lo que hago...

PEDRO: Te comprendo.

HELENA: No sé... Me siento... especialmente torpe...

PEDRO: Lo confirmo: Insegura.

HELENA: Tengo la sensación...

PEDRO: ¿Sí...?

HELENA: ...como si las cosas quisieran huir de mis manos...

PEDRO: A eso en mi tierra se le llama cansancio.

HELENA: Ha tenido que ser precisamente el jarrón chino.

PEDRO: Te exiges demasiado.

HELENA: Cualquier otra cosa, la que fuese, me hubiera dado exactamente lo mismo.

PEDRO: Deberías tomártelo con más calma.

HELENA: Pero no...

PEDRO: Restarle importancia...

HELENA: ... ha tenido que ser el jarrón chino.

PEDRO: ... a algo que... en realidad... si lo miras bien... sólo es... un objeto... valioso. Ha ocurrido, mentalízate, y nada de lo que hagas te lo devolverá.

HELENA: *(Interrumpiéndolo.)* Sigues sin entenderlo.

(Entra en el cuarto de baño.)

PEDRO: *(En voz baja.)* Perfectamente.

(Pausa. Se oye el agua de la ducha.)

PEDRO: *(Ahora casi gritando.)* Esta noche han llegado otros tres nuevos.

HELENA: *(Desde dentro.)* No te molestes.

PEDRO: De madrugada. Me he despertado, no serían ni las cinco todavía, y he oído ruido en la escalera. *(Pausa breve.)* El más joven no habrá cumplido aún los quince años. Parece imposible pero enseguida los han instalado.

HELENA: No te oigo...

PEDRO: Todos un poco más apretados.

HELENA: ... nada.

(Pausa breve.)

PEDRO: Ya saltó la liebre: Comienzan a escucharse quejas entre los vecinos. Era de esperar. De momento la cosa no tiene mayor trascendencia. Sólo son simples comentarios. Nadie se atreve a levantar la voz... todavía.

HELENA: *(Sale del cuarto de baño secándose el pelo con una toalla.)* Llamé a Damián.

PEDRO: ¿Cuándo?

HELENA: Esta mañana, después de romper el jarrón.

PEDRO: ¿Y qué te dijo?

HELENA: *(Decepcionada.)* Él tampoco lo comprendió.

PEDRO: Vaya por Dios.

(Se incorpora y entra en el cuarto de baño. Cuando se cruza con ella la besa maquinalmente en los labios.)

HELENA: Era nuestra señal.

PEDRO: *(Desde dentro. Haciendo correr el agua del lavabo.)* ¿Vuestra señal?

HELENA: Y no lo comprendió. *(Pausa breve.)* No te preocupes, me dijo, si quieres el sábado, salgo un poco antes del laboratorio, voy a casa, te recojo, nos acercamos a un anticuario y eliges el que más te guste.

PEDRO: ¿A qué clase de señal te refieres?

HELENA: Como si fuera tan fácil.

PEDRO: *(Sale blandiendo un peine en la mano.)* ¿Has visto esto?

HELENA: ¿Y los recuerdos?

PEDRO: ¿Quieres una señal?

HELENA: ¿Cómo recupero los recuerdos?

PEDRO: Pues muy bien...

HELENA: No. Ese jarrón era irremplazable.

PEDRO: Aquí la tienes.

HELENA: Es la época. No sé de qué te extrañas.

PEDRO: ¿Irremplazable?

HELENA: Deberías ir a que te lo corten un poco. Lo llevas demasiado largo. Y el pelo largo no te sienta bien. Además, un buen corte reforzaría la raíz. *(Pausa breve.)* A ver si me acuerdo y la próxima vez te traigo una loción.

PEDRO: *(Con un desairado gesto de desaprobación.)* Si supieras para qué sirven todos esos potingues.

HELENA: Algo harán.

(Pausa breve.)

PEDRO: Aunque... si lo piensas detenidamente... *(Sonríe.)* ¿No es curioso?

HELENA: ¿El qué?

PEDRO: *(Asintiendo con un movimiento de cabeza.)* Verás, lo acabo de descubrir ahora mismo... *(Por los cabellos enredados entre los dientes del peine.)* De algún modo... estos cabellos... son... como ese jarrón tuyo que acabas de romper, ¿sabes?...

HELENA: No te entiendo.

PEDRO: Sí. Fíjate, si no: ambos... poseen una función... por decirlo así... puramente decorativa... No dejan de ser meros ornamentos... Y sin embargo nos preocupa, nos aflige su pérdida... ¿Por qué? *(Pausa breve.)* Ahora te comprendo. Sí. En realidad no has roto un jarrón... porque... no es por ellos... *(Pausa breve.)* ¿Es eso lo que intentabas decirme, verdad?

HELENA: Más o menos.

(Pausa breve.)

PEDRO: Pero tú seguirás siendo la misma.

HELENA: ¿En qué sentido?

PEDRO: Dentro de poco lo habrás olvidado. Aunque ahora pienses o digas lo contrario, acabarás reemplazándolo por un reloj de pulsera o una medalla de oro que perteneció a tu madre. Ya lo verás. Siempre ocurre así. Por mucho que queramos no dejan de ser objetos. En cambio yo... al paso que voy, con un poco de suerte... me habré quedado calvo en un par de años, y cuando ello ocurra, lo quiera o no, mi imagen se verá resentida. Y en este caso sí que no hay reemplazo posible. *(Pausa breve. Negando con la cabeza.)* No, en realidad no es lo mismo. No tienen nada que ver. *(Enciende otro cigarrillo.)* ¿Me dejas que te haga una foto? *(Sin esperar respuesta coge la cámara fotográfica y regula el objetivo.)* Un momento... No te muevas... Mira hacia la cámara. No te toques el pelo.

(Helena recoge su pelo con la toalla a modo de turbante, gira sus pies dándole la espalda, en el momento justo del flash. Oscuro.)

3

(Helena termina de vestirse. Se oye el agua de la ducha. Arregla la cama, alisando cuidadosamente con la palma de la mano los pliegues que se han formado. Recoge del suelo una camisa y unos pantalones sucios y se adentra por el pasillo. Cesa el ruido de la ducha y da paso a una maquinilla de afeitar. Regresa Helena.)

HELENA: *(Alzando la voz.)* ¿Te falta mucho?

PEDRO: *(Desde dentro. Deteniendo la maquinilla de afeitar.)* ¿Decías...?

HELENA: Que me marchó.

PEDRO: *(Saliendo en albornoz con la maquinilla de afeitar en la mano.)* ¿Tan pronto?

HELENA: Sécate un poco el pelo.

PEDRO: ¿No puedes esperar ni siquiera a que me vista?

HELENA: Lo llevas chorreando.

(Coge una toalla y ella misma se lo seca.)

PEDRO: No sé si te habrás dado cuenta... pero... cada día pasamos menos tiempo juntos... cualquiera pensaría que...

HELENA: *(Regresando a su antigua tarea. Con un calcetín negro en la mano.)* No encuentro la pareja.

PEDRO: ¿Miraste debajo de la cama? *(Pausa breve.)* No hace ni una hora que llegaste...

HELENA: *(Levantando la colcha.)* Nada.

PEDRO: ... y ya estás pensando en largarte.

HELENA: En fin... ya aparecerá.

PEDRO: *(Deteniéndola.)* ¿Quieres hacer el favor de parar quieta un momento? Me mareas con tanto ir y venir.

HELENA: Pero bueno...

PEDRO: Déjalo, quieres. *(Le quita el calcetín y lo guarda en el bolsillo de su albornoz.)* No te preocupes por eso...

HELENA: ¿Es que no ves cómo está todo?

PEDRO: ...ya lo recojo yo después.

HELENA: No me explico cómo puedes vivir rodeado de semejante desorden.

PEDRO: Tardo cinco minutos...

HELENA: Me canso de repetírtelo: Cada cosa en su sitio. Pero tú parece no entenderlo.

PEDRO: *(Apuntándola con el dedo.)* Ni se te ocurra irte sin mí.

HELENA: *(Coge una silla y la coloca debajo de la mesa.)* Si quieres que te espere, date aire y no te entretengas. *(Consulta su reloj en un claro gesto de impaciencia.)* He de estar en la redacción antes de las seis y media y mira la hora que es ya.

PEDRO: Pide el taxi mientras.

(Pedro entra en el cuarto de baño. Helena deambula por escena durante unos segundos cerciorándose de que todo esté en el lugar que le corresponde. Se sienta en la cama, junto a la mesita de noche, descuelga el teléfono y marca un número.)

HELENA: ¿Sí?... Por favor... quiero que me envíen un taxi al diecisiete de la calle Goya... Cinco minutos... Gracias.

(Cuelga.)

PEDRO: *(Se detiene en el umbral de la puerta. Anudándose la corbata.)* No me dijiste nada.

HELENA: ¿Decirte qué?

PEDRO: Tuve que leerlo en el periódico.

HELENA: *(Evasiva.)* ¡Ah!

PEDRO: Le han dedicado dos páginas completas con grandes titulares. Todo un lujo de noticia. Al parecer es algo importante.

HELENA: Sí. Lo es.

(Pausa breve.)

PEDRO: Yo no es que entienda mucho...

HELENA: Ni yo.

PEDRO: Y menos cuando utilizan todos esos tecnicismos intraducibles... pero en el artículo mencionaban que era el cuarto caso que se daba en la Historia de la Medicina... y que suponía un claro avance para el conocimiento de no sé qué extraña enfermedad relacionada con el sistema nervioso...

HELENA: Tercero.

PEDRO: ¿Cómo?

HELENA: Que es el tercer caso, no el cuarto.

PEDRO: Sí, bueno... lo que quiero decir... no pareces muy contenta, que digamos.

HELENA: Pero lo estoy.

PEDRO: No es para menos.

(Pausa breve.)

HELENA: Quieres darte prisa.

PEDRO: Es la corbata.

HELENA: Anda...

PEDRO: El nudo siempre se me resiste.

HELENA: ...déjame a mí.

(Anudándole la corbata con extraordinaria soltura.)

PEDRO: Pero...

HELENA: Haz algo: Abróchate los botones de la camisa.

PEDRO: ...ni mencionarlo. ¿Por qué?

HELENA: Lo has leído en el periódico, ¿no?

PEDRO: Sí.

HELENA: Entonces, ya estás enterado.

PEDRO: No es lo mismo.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Nos vamos?

PEDRO: Ahora.

HELENA: (*Que ya comienza a impacientarse.*) Me molesta llegar tarde.

PEDRO: Que esperen.

HELENA: Luego has de ir dándole explicaciones a todo el mundo.

PEDRO: (*Apoyándose con un movimiento de cabeza.*) No tiene sentido.

HELENA: ¿Y todo para qué...?

(*Pausa breve.*)

PEDRO: Me pongo en su lugar. Debe de estar viviendo un sueño. (*Pausa.*) Una cosa así, por mucho que uno se haya preparado para la ocasión, marca, te cambia para siempre.

HELENA.: Me pregunto: ¿qué diferencia hay entre despedirnos aquí o hacerlo en el hall de la entrada?

PEDRO: Como poco... le da un sentido. No sabes cuánto le envidio.

HELENA: Te comportas de un modo tan... caprichoso. (*Pausa breve. Pedro regresa al cuarto de baño.*) Dale una pasada de crema a los zapatos, los llevas que dan pena verlos. (*Pausa breve.*) ¿Dónde dejaste el periódico?

PEDRO: (*Desde dentro.*) Déjame pensar... Estuve leyéndolo mientras desayunaba. Busca por allí. Se supone que no debe andar muy lejos de la cocina.

(*Helena desaparece por el pasillo y regresa al momento con el diario desplegado por las páginas centrales.*)

HELENA: La fotografía no le hace justicia. Aquí parece... no sé... mucho más viejo.

PEDRO: (*Saliendo del cuarto de baño.*) Todo eso es por efecto de la impresión.

HELENA: (*Como abstraída.*) ¿Qué?

PEDRO: La clase de papel que utilizan...

HELENA: Hay un error.

PEDRO: ...y la inevitable pérdida de calidad por ser copia... (*Pausa breve.*) ¿Dónde?

HELENA: (*Leyendo.*) Aquí dice que es natural de Málaga.

PEDRO: ¿Y...?

HELENA: Se equivocan. Donde nació fue en Belalcázar, un pueblecito de la provincia de Córdoba. A Málaga se trasladó con su familia poco antes de cumplir los dos años. (*Pausa.*) Puede que no tenga mayor importancia... o quizá sí... En el

fondo no deja de ser un dato... tan fácil de contrastar por otro lado... *(Pausa breve.)* Odio la falta de rigor. Se empieza por ahí...

PEDRO: Mira a ver a qué hora son los pases de la película...

HELENA: ¿En qué sala la dan?

PEDRO: En el Capitol, creo.

HELENA: Última semana.

PEDRO: *(Leyendo sobre su hombro.)* Seis, ocho cuarenta y cinco y diez quince noche. Todavía me queda casi una hora. Quizá me dé una vuelta por el centro, hace semanas que no salgo. Me sentaré en una terraza, pediré un café y me dedicaré a ver pasar a la gente. *(Pausa.)* ¿Te das cuenta?

HELENA: ¿De qué?

PEDRO: Hasta en eso somos diferentes.

HELENA: ¿Diferentes?

PEDRO: A mí me sobra el tiempo y tú siempre tan ocupada.

(Pausa breve. Se oye un claxon proveniente del exterior.)

HELENA: Si no me equivoco, ese debe ser mi taxi.

PEDRO: Cuando quieras. Yo ya estoy listo. *(Va hacia la mesa y coge la cámara fotográfica.)* No dejes el periódico. Continúa leyendo.

(Helena oculta su rostro tras él en el momento justo del flash. Oscuro.)

4

(Helena, de pie frente al espejo y subida en una báscula electrónica, se juzga. Pedro, sentado junto a la mesa, manipula su cámara fotográfica.)

HELENA: *(Al comprobar los guarismos. Con un claro gesto de desengaño.)* Deprimente.

PEDRO: Hmmm...

HELENA: La verdad... Ya no sé qué hacer.

PEDRO: ¿Para...?

HELENA: ¿Seguro que esta báscula funciona bien?

PEDRO: Seguro.

HELENA: *(Negando con la cabeza.)* No lo entiendo. *(Pausa breve.)* No lo entiendo. Lo he seguido todo al pie de la letra: restricción de hidratos de carbono...

PEDRO: ¿Sabes...?

HELENA: ...nada de azúcares...

PEDRO: Ayer por fin me decidí...

HELENA: ...ni fritos, ni carnes, ni pescado azul...

PEDRO: Fui a ver la exposición de la que te hablé.

HELENA: Para rematar: régimen de fruta los días de Luna Nueva. ¿Y todo para esto? *(Señala, acusadora, los números de la báscula.)* Todas las noches tengo el mismo sueño: estoy sentada frente a una mesa repleta de comida, los demás comensales, todos curiosamente gente desconocida para mí, engullen con placer plato tras plato, mientras yo me tengo que conformar con una espartana ensalada y un zumo de tomate. Y he aquí lo terrible del caso: ellos comen pero yo soy la que engorda. ¡Y de qué manera! *(Pausa breve.)* Sé que he de hacer algo, que no me puedo quedar de brazos cruzados, esperando un milagro... Les pido por favor que se detengan, que dejen de tragar de una vez ese maldito veneno que acabará reventándome, pero o no me oyen o no me hacen el menor caso. Como último recurso decido incorporarme, subirme a la mesa y reclamar la atención de todos, lo que me resulta imposible, ya que, para entonces, mi cuerpo ha alcanzado tal grado de humanidad que el más simple de los movimientos se convierte en toda

una epopeya para mí. No puedo más y grito, desesperada. *(Pausa breve.)* Al despertar siento uno enorme vacío en el estómago.

PEDRO: Siete minutos.

HELENA: ¿A que no te imaginas lo que he perdido en esta última semana? *(Pausa breve.)* ¿Qué?

PEDRO: Es el tiempo que dura un sueño. Alrededor de siete minutos. Aunque algunos nos parezcan eternos. Siete minutos. *(Un tiempo.)* ¿Dos kilos?

HELENA: ¡¿Dos kilos?!

PEDRO: No sé. ¿Cuánto?

HELENA: *(Lanzándole una mirada recriminatoria.)* ¿Cuándo fue la última vez que me miraste?

(Pausa breve.)

PEDRO: Hay una sala entera dedicada al desnudo femenino.

HELENA: Doscientos cincuenta gramos.

PEDRO: Que sutileza en el tratamiento de las sombras...

HELENA: Ni uno más ni uno menos. Tanto sacrificio para doscientos cincuenta insignificantes gramos de nada.

PEDRO: Allí estaba toda la gama de grises y claroscuros imaginables... Un mundo lleno de matices.

HELENA: Cartucheras, michelines, barriguilla...

PEDRO: Para mí...

HELENA: Igual que el primer día. ¿No es deprimente?

PEDRO: ...que no te hace ninguna falta.

HELENA: *(Severa.)* Mejor no mientas.

(Pausa breve.)

PEDRO: Salí con una idea fija en la cabeza...

HELENA: No te rías: He decidido apuntarme a un gimnasio.

PEDRO: ¿Tú?

HELENA: *(Bajando de la báscula.)* Yo.

(Pausa breve.)

PEDRO: Comprar un carrito de alta sensibilidad.

HELENA: ¿No me crees capaz?

PEDRO: Cuatrocientos asa.

HELENA: Di.

PEDRO: Quiero hacerte unas pruebas con poca luz.

(Pausa breve.)

HELENA: Mañana mismo empiezo.

PEDRO: Ver aquello me ha despertado un montón de ideas. Estoy impaciente por ponerlas en práctica.

HELENA: Tú y tus dichosas fotos. *(Se dirige a la cama y se sienta en ella. Coge un libro que hay sobre la mesita de noche y lo abre por una página doblada en la esquina superior. Desdoblándola con cuidado.)* ¿Por qué no utilizas el separador?

PEDRO: No tengo costumbre.

HELENA: *(Introduciendo el separador por la página doblada.)* Ya casi lo has terminado.

PEDRO: Casi.

HELENA: ¿Y qué tal?

PEDRO: *(Después de una pausa.)* Bien.

HELENA: ¿Bien... sólo?

PEDRO: ¿Te parece mejor interesante?

HELENA.: ¿Eso quiere decir que te gusta?

PEDRO: *(Asintiendo con un leve movimiento de cabeza. Sin demasiado entusiasmo.)* Aja. He de admitir que conoce muy bien su oficio...

HELENA: Pero...

PEDRO: No sé... ¿No crees que... abusa demasiado de lo descriptivo?

HELENA: ¿Tú, sí?

PEDRO: Hay páginas enteras donde, si te fijas, apenas pasa nada.

HELENA: En apariencia.

PEDRO: No te digo que me aburra.

HELENA: En cambio... para mí fue todo un descubrimiento...

PEDRO: No es eso.

HELENA: Nunca antes había oído hablar de ella, aunque según tengo entendido es toda una celebridad en su país.

PEDRO: Lenta.

HELENA: (*Leyendo en la cubierta del libro.*) ¿Cómo diantres se pronunciará el apellido? Krogsth... Una vocal huérfana entre seis consonantes...

PEDRO: Esa puede ser la palabra. Demasiado lenta para mi gusto.

HELENA: En la librería me dijeron que sólo hay otra novela suya traducida al castellano, publicada hace más de seis años en una editorial pequeña, agotada y que jamás se ha vuelto a reeditar. En Alemania sus libros se venden como rosquillas y sin embargo aquí no acaba de cuajar. Debe ser por su estilo, tú lo has dicho: demasiado frío para nuestro carácter. (*Pausa breve.*) ¿Cuántas cosas nos estaremos perdiendo?

PEDRO: Te puedes ir dando una idea. (*Casi para sí.*) Con los libros me sucede algo extraño.

HELENA: El final es sorprendente.

PEDRO: No me lo cuentes.

HELENA: Bueno, si se le puede llamar final...

PEDRO: Me cuesta acabar...

HELENA: ¿El libro?

(*Lo deja sobre la mesita de noche.*)

PEDRO: Sí. Bueno... No sé... Todo.

HELENA: No te entiendo.

(*Pausa breve.*)

PEDRO: ¿Sorprendente?

HELENA: (*Asintiendo.*) Inusual.

PEDRO: Terminarlos... es algo así... una forma, cómo te lo explicaría, de abandonarlos. (*Se encoge de hombros, resignado a no encontrar las palabras.*) Manías mías. Por eso lo demoro todo lo que puedo, releendo capítulos enteros.

No me hagas caso.

(Le acomete un acceso de tos.)

HELENA: Hay demasiada humedad aquí.

(Pedro se dirige hacia la ventana y baja la persiana. Ahora la habitación se ha quedado en penumbra.)

PEDRO: ¿Preparada?

HELENA: *(Después de una breve pausa.)* Todavía no me has dicho nada...

PEDRO: ¿Sobre...?

HELENA: Llamé a la inmobiliaria.

PEDRO: ¿Cuándo?

HELENA: Esta mañana.

PEDRO: *(Junto al espejo.)* Ven. *(Pausa breve.)* ¿Y?

HELENA: *(Se incorpora.)* Esperan tu respuesta. *(Dirigiéndose hacia donde se encuentra Pedro.)* Hay más gente interesada... Como tardes mucho en decidirte...

PEDRO: Coloca los dos brazos sobre el espejo. *(Helena se apoya en él.)* Así no. Uno a cada lado. *(La corrige.)* Flexiona ligeramente los codos. No quiero una postura tensa. Todo lo contrario.

HELENA: Dime que no vas a dejar pasar la oportunidad. Está claro que me he engañado pensando que, aunque sólo fuera por mí, esta vez accederías...

PEDRO: Ahora gira la cabeza hacia la izquierda... *(Enfocándola con la cámara fotográfica.)* No la levantes, sólo gírala, como si quisieras mirarme de reojo... Así está mucho mejor... *(Acciona el disparador sin flash.)* Fui.

HELENA: Sí, es cierto. Fuiste.

PEDRO: ¿No es eso lo que acordamos?

HELENA: Desde la ventana del salón-comedor se divisa perfectamente la cúpula y el campanario de la catedral. ¿Te fijaste?

PEDRO: Ahora mira al espejo...

HELENA: En cambio aquí...

PEDRO: ... como si quisieras atravesarlo...

HELENA: *(Mirando hacia la ventana echada.)* ...no hay más que terrazas...

PEDRO: Al espejo. Mírate al espejo.

HELENA: *(Sin hacerle el menor caso.)* ... viejos tejados y descampados...

PEDRO: *(Acciona el disparador de la cámara sin flash.)* No me gustan los cambios.

HELENA: *(Sin la más mínima connotación de burla, sino, más bien, como corroboración de lo que acaba de oír.)* No le gustan los cambios.

PEDRO: Desasosiegan.

HELENA: Despertar cada mañana con el ronroneo de las campanas en el oído...

PEDRO: *(Se acerca sonriendo hacia ella. Con un punto de ironía.)* Suena a eternidad.

HELENA: Incluso la luz tiene allí otro color...

PEDRO: *(Volviéndole el rostro hacia el espejo.)* ¿Qué ves?

HELENA: ... es más...

PEDRO: No te alejes tanto.

HELENA: ...viva. Intensa. Vital.

PEDRO: Que tu respiración empañe el cristal.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Ver?

PEDRO: Espera, espera...

HELENA: ¿Qué quieres que vea?

PEDRO: No hables ahora.

HELENA: Una mujer gorda.

PEDRO: *(Regulando el objetivo. Obcecado en la búsqueda de una perspectiva imposible.)* Ssss. Calla.

HELENA: Eso es lo único que veo.

PEDRO: Sólo mira al espejo.

HELENA: Una mujer gorda.

(Se tapa los ojos con ambas manos. Pedro acciona la cámara fotográfica sin flash. Oscuro.)

5

(Helena sentada a los pies de la cama. A juzgar por su estado, sensiblemente agitado, se diría que acaba de recibir una fuerte impresión. Pedro, inclinado frente a ella, trata de calmarla abanicándola con una revista. Tras la ventana lentamente cae la noche.)

PEDRO: Tranquila, mujer. Ya pasó todo. *(Pausa.)* ¿Quieres que te traiga un poco de agua?

HELENA: Sí. Y de paso mira a ver si tienes algo para el dolor de cabeza. *(Presionándose las sienes con los pulgares.)* Siento que me va a estallar de un momento a otro. *(Pausa breve. Pedro sale por el pasillo.)* Todavía no me explico qué demonios hacía sentado en el rellano.

(Regresa Pedro con un vaso y una caja de analgésicos.)

PEDRO: Son tantos dentro...

(Se los ofrece.)

HELENA: ¿No tienes nada más fuerte?

PEDRO: Tómame dos.

HELENA: *(Saca dos comprimidos. Se bebe el agua de un trago.)* Parecía salido del mismísimo infierno. Una aparición. Todo tan oscuro...

PEDRO: Se ha fundido la bombilla.

(Se coloca detrás de ella y comienza a practicarle un suave masaje en las sienes.)

HELENA: Y él tan negro...

PEDRO: Llevamos toda la semana así. *(Ensayando una justificación.)* Como en ese rellano no vive nadie... Bueno, quiero decir... aparte de ellos, claro... El presidente nunca está en casa... y lo que suele ocurrir siempre... unos por otros... *(Pausa breve.)* Recuérdame cuando te vayas que la cambie.

HELENA: Espantoso. El grito. ¿Lo habrá oído todo el mundo, verdad? *(Sin esperar respuesta.)* Reconozco que ha sido una estupidez por mi parte. Ridículo. Desproporcionado.

PEDRO: ¿Mejor ahora?

HELENA: No he podido evitarlo. (*Pausa breve.*) Sí, gracias. Mucho mejor.

PEDRO: (*Sentándose junto a ella.*) No sé cuál de los dos os habréis asustado más. Él o tú.

HELENA: El pobre... se ha levantado de un salto, apoyando la espalda contra la pared, las manos en alto como si le estuviera apuntando con una pistola imaginaria, y mirándome fijamente a los ojos, con la misma cara de asombro, no dejaba de repetir en su media lengua: no pasar nada, señora. Tranquila. No pasar nada...

PEDRO: (*Sujetándole la barbilla.*) ¿Sabes?

HELENA: He subido las escaleras...

PEDRO: No me había fijado antes...

HELENA: ...maldiciendo una y mil veces...

PEDRO: Tus mejillas...

HELENA: ...este condenado edificio...

PEDRO: ...todo tu rostro... posee un brillo especial... Está como...

HELENA: ...en el que nada funciona como debiera...

PEDRO: ... encendido.

(*Pausa breve.*)

HELENA: ¿Me estás escuchando?

PEDRO: Espera.

HELENA: ¿Qué vas a hacer?

PEDRO: Una foto.

(*Sale.*)

HELENA: (*Con un velado tono de cansancio.*) ¿Es que no piensas en otra cosa? (*Pausa breve.*) No, si en el fondo sois los dos iguales.

PEDRO: (*En off.*) ¿Iguales? ¿De veras te lo parecemos? ¿En qué sentido?

HELENA: Damián con su microscopio.

(*Se incorpora y entra en el cuarto de baño.*)

PEDRO: (*Aparece con su cámara fotográfica colgada del cuello.*) Helena. (*Espera.*) Helena. ¿Dónde diablos te has metido?

HELENA: (*Desde dentro. Se oye correr el agua del lavabo.*) Y tú con tus dichosas fotografías.

PEDRO: (*Deteniéndose en la puerta del cuarto de baño.*) No te laves la cara.

HELENA: (*Sale retocándose el maquillaje.*) ¿Qué buscáis?

PEDRO: ¿Es que no me has oído lo que te he dicho?

HELENA: Me pregunto...

PEDRO: ¿Por qué te maquillas?

HELENA: ...¿No os cansáis nunca?

PEDRO: Lo vas a estropear.

HELENA: (*Abre la ventana y mira al exterior. Después de una larga pausa.*) ¿Te has enterado?

PEDRO: ¿Enterarme... de qué?

HELENA: Lo he oído por la radio mientras venía hacia aquí.

PEDRO: Mira, vas a hacer una cosa: la próxima vez llamas y bajo a buscarte, ¿de acuerdo?

HELENA: ¿La calle Germanías pertenece a este barrio, verdad?

PEDRO: ¿Germanías? Sí. Está justo dos manzanas más arriba. Es una de las paralelas a ésta. No tiene pérdida: en la misma esquina hay una boca de metro. Esa es la calle Germanías. (*Pausa breve.*) ¿Por qué lo preguntas?

HELENA: Tan cerca...

PEDRO: De ese modo evitaremos incidentes. Si falla el mío, puedes llamar, con toda tranquilidad, al timbre de al lado; desde aquí se oye perfectamente, y no te preocupes porque no molestas a nadie. Hace cosa de mes y medio que se marcharon y desde entonces no han vuelto a dar señales de vida.

HELENA: ¿Cómo sigue ella?

PEDRO: No creo que acabe el año.

HELENA: No tenía ni idea de que la cosa fuera tan grave. ¿Tan mal está?

PEDRO: Peor. La ingresaron ya muy débil, sin tiempo para recuperarse de la última recaída. Nadie pensaba que pudiera superarlo, consumida como estaba por

una larga enfermedad y la medicación con la que la trataban. Pero salió. No quieras saber en qué estado, más muerta que viva. Pero salió. La noche de ese mismo día vino la hija mayor, Teresa, y se los llevó. Casi a la fuerza. Padre e hija mantuvieron una larga conversación. A él no le hacía ninguna gracia eso de tener que abandonar su casa, vivían aquí desde que se casaron, treinta y cinco años, media vida, pero no le ha quedado más remedio que acceder. Aunque se negara a reconocerlo... ya no podía... él solo...

HELENA: ¿Cómo es posible que no hayas oído nada?

PEDRO: ... Con todo.

(Pausa breve.)

HELENA: Si como aquel que dice ha sucedido ahí al lado. A poco más de cien metros.

PEDRO: Hoy no he salido. Llevo toda la mañana metiéndole mano al proyecto. He descubierto desajustes. No temas. Ya los he solucionado. Así difícilmente podría enterarme.

HELENA: Habrán cortado la calle, acudiría la gente a ver. Además, algo así se comenta...

PEDRO: ¿De qué es de lo que me tenía que enterar?

HELENA: Un pequeño empujón basta para que el cuerpo pierda el equilibrio y se precipite sobre el ventanal del salón comedor. Las manos intentan aferrarse, desesperadas, pero no hay nada a su alcance donde asirse. Cientos de cristales, como pequeñas gotas de agua, le acompañan en la caída.

(Pausa breve. Mira hacia abajo como midiendo la distancia que la separa del asfalto. Pedro se acerca a ella y le escruta el rostro en busca del extinto brillo.)

PEDRO: Una verdadera lástima.

HELENA: Tres pisos no es mucha altura...

PEDRO: Unos nueve metros, aproximadamente.

HELENA: Luego vinieron los números. Las frías estadísticas...

PEDRO: *(Observándola a través del objetivo de la cámara.)* Toma, límpiate.

(Le tiende su pañuelo.)

HELENA: *(Sin cogerlo.)* Ya son cincuenta y siete mujeres las que han perdido la vida en lo que va de año... ¿Una epidemia? *(Pausa breve. Mirando hacia arriba.)* También dijeron que iba a cambiar el tiempo.

PEDRO: Falta hace. Como siga haciendo este calor no quiero ni pensar lo que nos espera en el mes de julio.

HELENA: Ya están apareciendo las primeras nubes.

PEDRO: *(Se coloca a su espalda, un tanto escorado hacia la izquierda para evitar el contraluz.)* No bajas la cabeza...

HELENA: ¿De qué clase son las que traen la lluvia?

PEDRO: Inclínate sobre el alféizar.

(Pausa.)

HELENA: Nunca vienen solas.

PEDRO: ¿Las nubes?

HELENA: De niña me pasaba horas enteras descifrando sus formas. Inventándolas. Coches, caballos, barcos, elefantes y hasta un piano de cola.

PEDRO: Yo hacía algo parecido con las estrellas...

HELENA: ¿En serio?

PEDRO: Bueno, inventarlas, lo que se dice inventarlas no las inventaba, no era necesario. Conocía sus nombres y hasta era capaz de identificarlas en un cielo repleto de ellas... Mi padre, sabedor de mi afición, me regaló un telescopio cuando cumplí quince años. Todas las noches subía a la azotea y exploraba el firmamento en busca de cometas, estrellas y constelaciones. Todavía me acuerdo: Sirio, Vega, Mimosa, Boyero, Orión, Centauro...

HELENA: A mí las estrellas siempre me han dado vértigo.

PEDRO: ¿Por qué?

HELENA: No sé... Están tan lejos...

PEDRO: Sí. Lejos sí que están. Demasiado. Pero por eso mismo nos atraen tanto. *(Pausa.)* En realidad las odiaba.

HELENA: ¿Las estrellas?

PEDRO: ¡No! Las nubes. Por intrusas. Se interponían entre nosotros.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Es cierto lo que dicen?

PEDRO: ¿Respecto a qué?

HELENA: A que muchas de las que vemos ya no existen.

PEDRO: Cierto.

(Pausa.)

HELENA: Tal vez sea eso, ¿no?

PEDRO: Lucen durante años después de extinguirse.

HELENA: La eternidad. Quizá sea eso.

PEDRO: ¿Eh?

HELENA: Como un reflejo.

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿A qué se parecen éstas?

HELENA: A nada.

PEDRO: ¿A nada?

HELENA: *(Después de estudiarlas.)* No, no se parecen a nada.

PEDRO: ¿Estás segura? Míralas bien. ¿A qué se parecen?

(Pausa breve. Pedro acciona su cámara fotográfica con flash.)

HELENA: *(Volviéndose de repente.)* ¿Me prometes que tú al menos abrirás la ventana?

(Oscuro.)

6

(Pedro y Helena son ahora dos bultos debajo de las sábanas. Semioscuridad.)

PEDRO: *(Deteniéndose.)* ¿Eh?

HELENA: ¿Qué?

PEDRO: ¿Sigo?

HELENA: Sigue.

(Pausa breve.)

PEDRO: *(Encendiendo la lamparilla de la mesita de noche.)* ¿Se puede saber qué diablos te pasa hoy?

HELENA: ¿A mí?

PEDRO: Sí. A ti.

HELENA: Nada. No me pasa nada.

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿Seguro?

HELENA: Seguro.

(Pausa breve.)

PEDRO: De acuerdo...

HELENA: ¿Por qué lo dices?

PEDRO: ... si no quieres contármelo.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Contarte qué?

PEDRO: Estás y no estás...

HELENA: *(Variando ligeramente su tono de voz.)* Perdona.

PEDRO: *(Coge la cajetilla de cigarrillos y prende uno.)* Tu cuerpo sí... pero... ¿y tu cabeza? Me gustaría saber dónde demonios anda tu cabeza. Aquí no, por descontado.

(Pausa.)

HELENA: Damián tiene un congreso.

PEDRO: ¿Un congreso? ¿Cuándo?

HELENA: A principios del mes que viene.

PEDRO: *(Se incorpora.)* Voy a darme una ducha.

HELENA: *(Observando la almohada.)* ¿Se te sigue cayendo el pelo?

PEDRO: ¿Dónde?

HELENA: En Ginebra. *(Pausa breve. Limpiando de cabellos la almohada.)* ¿Es que no te pones lo que te traje?

PEDRO: *(Señalando hacia el cuarto de baño.)* ¿Te apetece?

(Pausa breve.)

HELENA: Me ha pedido que le acompañe.

PEDRO: ¿A Ginebra?

HELENA: Sí.

(Pausa breve.)

PEDRO: *(Deteniéndose en el umbral de la puerta.)* ¿Y qué piensas hacer?

HELENA: Han pasado cinco años...

PEDRO: ¿Vas a ir, verdad?

(Pausa breve.)

HELENA: No puedo negarme.

PEDRO: ¿No puedes... o no quieres?

HELENA: Este Congreso significa mucho para él.

PEDRO: ¿Y para ti? ¿Qué significa para ti? ¿Te has parado a pensarlo?

HELENA: ¿Por qué me juzgas?

PEDRO: No te juzgo.

HELENA: Sí, sí que lo haces.

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿Cinco años?

HELENA: ¿Qué?

PEDRO: *(Recordándole sus palabras.)* Han pasado cinco años...

HELENA: ...desde la última vez que viajamos juntos... Habíamos planeado marcharnos quince días de vacaciones. Damián, Andrea y yo.

PEDRO: ¿Habías planeado?

HELENA: El destino elegido fue Escandinavia. Un lugar de ensueño. *(Pausa breve.)* Damián se lo tomó muy en serio. Para él aquel viaje significaba mucho, era algo más que unas simples vacaciones. Estuvo casi un mes recabando información, ojeando docenas de revistas de viajes, planeando itinerarios... Incluso llegó a aprenderse algunas frases en sueco. *(Con la evidente dificultad de un idioma que dista mucho de dominar.)* God dag, herr. *(Pausa breve.)* Nunca lo había visto tan ilusionado por nada que no fuera su trabajo. Ya sé que pasamos muy poco tiempo juntos, me dijo, pero te prometo que en estas dos semanas vamos a tener el suficiente como para resarcirnos. *(Pausa breve.)* Al tercer día Andrea enfermó. Al cuarto volábamos de regreso a casa con la firme promesa de aplazarlo para el próximo año. *(Pausa.)* Ya han pasado cinco. *(Pausa breve. En otro tono.)* Estoy segura de que aquello te gustaría.

PEDRO: ¿Para mucho tiempo?

HELENA: En principio una semana.

PEDRO: *(Después de una pausa.)* ¿Lleno la bañera?

HELENA: Pero... conociéndole como le conozco... querrá aprovechar para visitar la ciudad y alrededores, probar la gastronomía, y realizar algunas compras... *(Pausa breve.)* Te pasarías el día entero haciendo fotos.

PEDRO: Echaré un poco de sales...

HELENA: Bosques, lagos, fiordos... Hay donde elegir.

PEDRO: Entonces... ¿me acompañas?

(Pausa.)

HELENA: ¿Qué hora es?

PEDRO: Todavía no ha dado la una.

HELENA: De acuerdo. Un cuarto de hora. Pero no le pongas nada al agua.

(Pedro entre en el cuarto de baño. Helena se levanta y va hacia el lateral derecho. Estudiando el estado lamentable de las hojas de un poto.)

HELENA: ¿No lo riegas?

PEDRO: *(Asomando la cabeza.)* ¿El poto?

HELENA: Está mustio. Seguro que se te olvida regarlo.

PEDRO: No. Al contrario. Debe de haber cogido alguna enfermedad. *(Pausa breve.)* Por falta de luz no creo que sea. Aquí tiene de sobra todo el día.

HELENA: ¿Ves?

PEDRO: Lo sacaré al balcón...

HELENA: *(Arrancándole las hojas muertas.)* No te molestes.

PEDRO: A ver si así se espabila.

HELENA: Es este sitio... que ni a las plantas les prueba.

(Pausa.)

PEDRO: ¿Vienes? La bañera ya está lista.

HELENA: *(Sin moverse.)* Sí.

(Pausa breve.)

PEDRO: Mándame una postal.

HELENA: El jueves no me esperes.

PEDRO: Desde Ginebra.

HELENA: Lo haré.

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿Por qué?

HELENA: Almuerzo con Adela.

(Pausa breve.)

PEDRO: Se enfría el agua.

HELENA: ¿Me preparas algo de beber?

PEDRO: ¿Qué quieres?

HELENA: No sé...

PEDRO: ¿Un martini?

HELENA: Por ejemplo.

(Pedro sale por el pasillo. Helena coge el poto y lo deja a los pies de la ventana, sube la persiana y apaga la luz de la mesita de noche antes de meterse en el cuarto de baño. Oímos su entrada en el agua. Aparece Pedro con el martini y la cámara fotográfica. Se detiene junto a la puerta. La mira durante unos segundos. Deja el martini en el suelo. Regula el objetivo de su cámara. Flash. Oscuro.)

7

(Pedro fija con una chincheta una fotografía en la pared: Helena en la bañera no es más que una silueta bajo el agua. Se aleja unos pasos en busca de otra perspectiva con la que observarla. Ruido de llaves. Entra Helena cargada con una bolsa de plástico.)

HELENA: Hola.

PEDRO: *(Todavía de espaldas a ella.)* Hola.

HELENA: ¿Qué haces?

PEDRO: *(Girándose.)* Esperarte. *(Pausa breve. Helena se acerca a Pedro y le roza los labios en lo que podría parecer un beso. Por las bolsas.)* ¿De compras?

HELENA: *(Las deposita sobre la mesa.)* Felicidades.

PEDRO: ¿Te acordaste?

(Pausa breve.)

HELENA: Podías al menos haberte cambiado.

PEDRO: ¿Vamos a salir?

(Pausa breve.)

HELENA: Es tu cumpleaños. Lo menos que podías haber hecho es arreglarte un poco.

PEDRO: Hasta las doce y veinte no. *(Consulta el reloj de Helena.)* Falta catorce minutos.

HELENA: ¿Son treinta y nueve, verdad? Uno menos que Damián.

PEDRO: Entonces...

HELENA: ¿Qué?

PEDRO: ¿Me visto o no?

HELENA: Lo que quieras...

PEDRO: *(Después de una breve pausa.)* Dos.

(Pedro saca un pantalón del armario.)

HELENA: No te pongas ése.

PEDRO: ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

HELENA: No le va con...

PEDRO: Con... qué.

HELENA: Te he traído un regalo.

(Lo saca de la bolsa de plástico envuelto en un llamativo papel.)

PEDRO: Tan detallista como siempre.

HELENA: *(Al ver que no lo abre.)* ¿No tienes curiosidad?

PEDRO: ¿Eh? ¡Ah! Sí, claro.

HELENA: ¿Y a qué esperas para abrirlo?

(Pedro obedece. Es un jersey. Lo deja sobre la cama.)

PEDRO: ¿Te he dado las gracias?

HELENA: No me has dicho si te gusta.

PEDRO: Perdona. Sabes que sí. Lo que ocurre es que no estoy acostumbrado a que me hagan regalos y...

HELENA: Espero que te sienta bien.

PEDRO: *(Echando un vistazo al jersey.)* Azul.

HELENA: No te puedes imaginar en qué aprieto me vi cuando la dependienta me preguntó por tu talla.

PEDRO: Mi color favorito.

HELENA: Tras un instante de vacilación me decidí por la cuarenta y dos. Tienes poco más o menos su cuerpo. Quizá un poco más alto.

PEDRO: Acertaste. Como siempre.

HELENA: Pruébatelo.

PEDRO: ¿Ahora?

HELENA: ¿Y por qué no?

PEDRO: ¿Sabes?

HELENA: Estás más delgado.

PEDRO: ¿Te lo perezco?

HELENA: Es ese desbarajuste de comida que llevas. *(Con el jersey en la mano.)*
Vamos, quiero ver cómo te sienta puesto.

PEDRO: Yo también he traído algo.

(Se lo pone.)

HELENA: Date la vuelta.

PEDRO: *(Que ha quedado frente a la ventana. Apenas un par de minutos antes ha comenzado una fuerte tormenta.)* Tenía razón.

HELENA: ¿Quién?

PEDRO: El hombre del tiempo.

HELENA: Levanta los brazos un momento.

PEDRO: *(Con ellos en alto.)* Llovía tanto como ahora. ¿Lo recuerdas?

HELENA: Más.

(Pausa breve.)

PEDRO: Parecía el diluvio. Fuiste hacia la ventana, la abriste y te quedaste ahí, petrificada, viendo caer el agua.

HELENA: Siempre me ha gustado mirar la lluvia.

PEDRO: Cuando me acerqué a tu lado estabas empapada.

HELENA: Olerla sobre todo.

PEDRO: ¿Quieres que la abra?

HELENA: Ya puedes bajarlos.

(Pausa.)

PEDRO: He comprado una botella de cava. Semiseco.

HELENA: Voy por las copas.

PEDRO: No te molestes, ya lo hago yo. Tú siéntate y ve encendiendo las velas.

(Pedro entra en el cuarto de baño y regresa con una botella de cava y dos copas.)

PEDRO: Espero que esté lo suficientemente frío. Se ha estropeado el frigorífico y

he tenido que meterlo en el bidé con dos bolsas de hielo.

(Sirve las copas y espera la aprobación de Helena.)

PEDRO: ¿Qué tal?

HELENA: En su punto. *(Pausa breve. Por las velas.)* ¿No las apagas?

PEDRO: Por supuesto. *(Toma aire y las apaga de un soplo.)* Bueno... Toca brindar.

HELENA: Toca.

(Chocan sus copas y beben en silencio. Luego se besan. Pedro desabrocha con pericia los botones de la blusa de Helena quien se deja hacer. Acto seguido la conduce hacia la cama sembrando con su ropa todo el trayecto. En cambio Helena se descalza y deja sus zapatos alineados a los pies de la cama, la falda y la blusa plegadas sobre la silla. Pedro coge la cámara fotográfica y se dispone a hacerle una fotografía en el preciso instante en que Helena se cubre hasta la cabeza con la sábana. En una de esas extrañas sincronizaciones con la naturaleza el flash se confunde con un relámpago. Truenos sobre el oscuro.)

8

(Suena una sirena a lo lejos. Helena junto a la ventana observa caer la lluvia. Pedro acaba de llegar, su chubasquero está empapado de agua. Se descubre y alisa su pelo, mojado pese a la protección. Hay un paraguas de vivos colores abierto en medio de la habitación.)

HELENA: Parece que ya está.

PEDRO: Sí.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Era necesario...?

PEDRO: Acaban de llevárselos.

HELENA: Encender la sirena.

PEDRO: ¿Qué?

HELENA: ¿Era necesario?

PEDRO: No sé.

(Pausa.)

HELENA: He oído carreras.

PEDRO: Uno de ellos intentó huir. *(Pausa breve.)* Es evidente que el asunto se les ha ido de las manos. No dejan de entrar cientos cada día y lo peor es que esto ya no hay quién lo pare. Y ellos lo saben. Como también saben la creciente alarma social que está generando entre la población. *(Pausa.)* Tienen que hacer algo. Buscar una solución. No les queda más remedio.

HELENA: *(Se gira y lo mira por primera vez.)* Quítate el chubasquero, estás poniendo el suelo perdido de agua.

PEDRO: Voy a salir.

HELENA: ¿Otra vez?

PEDRO: Me han pedido que les acompañe a la comisaría.

HELENA: ¿Y yo?

PEDRO: Tú...

HELENA: ¿Qué hago mientras...?

PEDRO: No sé...

HELENA: ¿Te espero o me voy?

PEDRO: No creo que tarde.

(Pausa.)

HELENA: ¿Era el chico del otro día?

PEDRO: Aunque no sé para qué nos molestamos en ir... Probablemente no nos dejen ni verlos.

HELENA: Di.

PEDRO: ...Y con la que está cayendo...

HELENA: El que ha intentado escapar...

PEDRO: ...seguro que no se encuentra un solo taxi libre en toda la jodida ciudad.

HELENA: ¿Era el chico de la escalera?

PEDRO: Por un momento pensé que le iban a disparar.

HELENA: ¿Verdad?

PEDRO: Sí.

(Pausa.)

HELENA: ¿A cuántos se han llevado detenidos?

PEDRO: A cinco.

HELENA: ¿Qué harán ahora con ellos?

PEDRO: ¿Qué quieres que hagan?

HELENA: ¿Deportarlos?

PEDRO: Sin permiso de trabajo ni de residencia pocas alternativas les quedan. ¿No te parece?

HELENA: He oído decir que antes de entrar en el país tienen por costumbre deshacerse de toda la documentación que los pueda identificar... Si no saben adónde, les es imposible expulsarlos del país...

(Pausa.)

PEDRO: *(Por el paraguas.)* ¿Es el mismo que llevabas aquel día...?

HELENA: ¿Qué?

PEDRO: El paraguas.

HELENA: Sí.

(Pausa breve.)

PEDRO: Me llamó poderosamente la atención el particular diseño de la empuñadura. Una mano abierta. Muy original. No recuerdo habértelo visto desde entonces.

HELENA: Es posible.

PEDRO: Seguro.

(Pausa breve.)

HELENA: Llueve tan poco por aquí...

PEDRO: No lo dirás por hoy.

HELENA: ¿No te ibas?

PEDRO: Han ido a buscar al hermano de uno de ellos. Quedaron en que me avisarían cuando llegasen.

(Pausa.)

HELENA: ¿Se tiene idea de quién puede haber sido?

PEDRO: ¿El que los ha denunciado? *(Helena asiente.)* Uno de la vecindad.

HELENA: ¿Sospechas de alguien en concreto?

PEDRO: En la última reunión se apuntó como una posible medida para atajar lo que el del quinto izquierda llegó a calificar de "invasión". Me opuse a la votación, aunque eso no quiere decir que, a título personal, alguien decidiera tomar la iniciativa, dar el primer paso...

HELENA: Ten cuidado.

PEDRO: Lo tendré.

(Pausa.)

HELENA: Han quitado el cartel.

PEDRO: *(Enciende un cigarrillo.)* ¿Qué cartel?

HELENA: Cuando pasé esta mañana temprano ya no estaba.

PEDRO: ¿El del apartamento?

HELENA: No sé por qué... pero...

PEDRO: *(Casi aliviado de que así sea.)* Por fin... ¿Quién se lo habrá quedado?

HELENA: ... me sorprendió...

PEDRO: Aunque no te lo creas tengo curiosidad por saberlo.

HELENA: De algún modo me sentí defraudada.

PEDRO: ¿Me equivoco o estaba interesada por él una pareja de recién casados...?

HELENA: Te parecerá una tontería pero... mientras ese cartel permanecía allí...

PEDRO: Con tal de que no haya sido el abogado laboralista...

HELENA: ... al menos...

PEDRO: Sería una verdadera lástima desperdiciar aquellas vistas para un bufete.

(Pausa.)

HELENA: ... mantenía la esperanza...

(Pausa breve.)

PEDRO: Reconócelo.

HELENA: ¿Reconocer?

PEDRO: No era sitio para mí.

(Un tiempo. Helena recoge su paraguas.)

PEDRO: ¿Te vas?

HELENA: *(Consulta maquinalmente su reloj.)* Tardan demasiado.

PEDRO: Sí. Lo más probable es que no hayan dado con él todavía.

HELENA: Ya me contarás.

(Se gira para salir.)

PEDRO: *(La detiene colocando su mano sobre el hombro de ella.)* ¿El jueves?

HELENA: El jueves.

(Pedro la atrae hacia sí. Se besan. Al separarse Pedro coge su cámara. Una

décima de segundo antes del flash ella levanta el paraguas hasta la altura de su rostro. Se oyen tres golpes de nudillo en la puerta. Se miran sin decirse nada. Se repiten los tres golpes. Helena cierra el paraguas. Oscuro.)

9

(Pedro, sentado a los pies de la cama, se despereza ahuyentando el último sueño. La persiana de la ventana está echada y apenas hay luz en la habitación. Junto a él y también sobre la mesa, fotografías esparcidas que la noche anterior ha ido quitando de la pared, como un puzzle a medio construir al que le faltaran piezas. En una vieja radio alguien escucha "Privates Investigations", de Dire Straits. Ruido de llaves. Un tiempo. Entra Helena.)

HELENA: Pedro. (Pausa breve.) ¿Estás ahí, Pedro?

PEDRO: Hola.

HELENA: ¿Qué haces todavía a oscuras?

PEDRO: No te esperaba hoy.

HELENA: Sólo he venido a despedirme.

(Pausa breve.)

PEDRO: Acabo de despertarme. No sé ni la hora en que me encuentro.

HELENA: Son más de las once y media.

PEDRO: ¿Las once y media? Ayer debió hacerse muy tarde.

HELENA: ¿Subo la persiana o enciendes la luz?

PEDRO: ¿No me preguntas?

HELENA: ¿Preguntar... qué?

PEDRO: Cómo me fue.

HELENA: Claro que sí.

(Helena levanta la persiana. Un día plomizo emborriona los tejados.)

PEDRO: ¿Sigue lloviendo?

HELENA: No.

PEDRO: Mejor de lo que me esperaba.

HELENA: De momento no lo ha hecho en toda la mañana.

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿Querías saber cómo me fue?

HELENA: Sí.

PEDRO: Costó. Más de lo que imaginaba. Tuve que trabajar duro.

HELENA: Se ha movido un poco de aire.

PEDRO: Ese Rovira es todo un hijo de su madre. Está bien entrenado. Sí, señor. No hizo más que ponerle peros a todo. Aunque a mí no me engañó. Conozco la táctica. En el fondo lo único que hacía era ocultar su interés.

HELENA: Entonces... ¿Te darán el proyecto?

PEDRO: Todavía es pronto para eso.

HELENA: Asumes demasiados riesgos.

PEDRO: Lo que quiero decir es que no es un sí definitivo. He pasado el primer filtro, el más difícil, por descontado. Ahora sólo falta esperar a que Rovira informe a la Junta y que ésta, como tiene por costumbre, siga religiosamente y al pie de la letra sus indicaciones. Puro trámite.

HELENA: No me explico cómo puede gustarte trabajar en esas condiciones...

PEDRO: ¿Y por qué no? Tiene sus ventajas.

HELENA: Tal vez.

PEDRO: No estar sujeto a horarios...

HELENA: Pero tantos inconvenientes.

PEDRO: Y una total libertad de acción. Dos buenos argumentos. Para mí suficientes.

(Pausa breve.)

HELENA: Al subir...

PEDRO: ¿Sí?

HELENA: Vi que estaban cambiando la cerradura...

PEDRO: ¿La del segundo?

HELENA: Me pareció como si...

PEDRO: *(Adelantándose.)* Marcharon.

HELENA: ¿Se fueron?

PEDRO: Ayer por la mañana.

HELENA: ¿Todos?

PEDRO: Los desalojaron.

HELENA: ¿Por lo ocurrido el otro día?

PEDRO: Entre otras cosas. El propietario les dio una semana para que abandonaran el apartamento. Es de suponer que haya recibido presiones y en evitación de mayores problemas... Ayer se cumplía el plazo.

(Pausa breve.)

HELENA: ¿Podía hacerlo?

PEDRO: ¿Echarlos?

HELENA: Aja.

PEDRO: ¿Qué se lo impedía?

HELENA: Estarían pagando un alquiler, digo yo.

PEDRO: Y dices bien. Pero no había nada firmado.

HELENA: Que raro.

PEDRO: Ni contrato ni nada que se le pareciese. Sólo de palabra.

HELENA: Otra vez los dichosos papeles.

PEDRO: Otra vez.

(Pausa breve. Helena se retira de la ventana. Percatándose de las fotografías que faltan en la pared.)

HELENA: ¿Por qué las has quitado?

PEDRO: Necesitaba sitio para las nuevas.

HELENA: *(Coge las fotos que hay sobre la mesa y las mira una a una.)* ¿Ésta es del invierno pasado, verdad?

PEDRO: ¿Cuál?

HELENA: *(Se la muestra.)* ¡Qué manía de cerrar siempre los ojos!

PEDRO: *(Devolviéndosela.)* Sí.

HELENA: ¿Son las fotos o somos nosotros?

PEDRO: Una de las primeras.

HELENA: ¿Es ésta la imagen que damos, la que los demás tienen de nosotros?

PEDRO: La pared estaba vacía. *(Pausa.)* ¿Qué quieres decir?

HELENA: Es algo como... no sé... cuando escuchamos nuestra voz grabada y no la reconocemos. *(Mirando de nuevo la fotografía. En una pregunta sin destinatario.)*
¿Así soy yo?

(Pausa breve.)

PEDRO: ¿No te desnudas?

HELENA: He venido a despedirme.

(Pedro se incorpora y va hacia el cuarto de baño.)

HELENA: No te pongas colonia.

PEDRO: *(Deteniéndose.)* ¿Qué?

HELENA: Si vas a besarme...

PEDRO: Sí...

HELENA: Entonces... no te pongas colonia.

(Pedro entra en el cuarto de baño. Helena lo mira, luego recoge su bolso, lo abre y extrae de él una nota que tras unos segundos de vacilación, rompe en mil pedazos y tira a la papelera que hay debajo de la mesa. Súbito oscuro.)

EPILOGO

(Vuelve paulatinamente la luz. Todo permanece exactamente igual a como lo habíamos dejado en la escena anterior. Se oye el agua de la ducha.)

VOZ EN OFF DE HELENA:

A toda hora alerta.

De algún modo...

temiendo.

Y aquello era agobiante,

insoportable para mí.

Afanados en construir diques a nuestro alrededor,

en lugar de aislarnos,

nos encerramos.

(Pausa breve.)

Ahora lo sé,

me sentía torpe a tu lado;

extraña,

incómoda.

(Pausa breve.)

No pude despegarme,

lo siento.

(Pausa.)

Imposible no darse cuenta.

Tarde o temprano...

pero,

¿cuándo?,

me preguntaba.

(Pausa breve.)

Jugar a engañarse.

Cerrar los ojos

y seguir fingiendo.

En el fondo,

de sobra lo sabíamos,

era cuestión de tiempo.

Un año,

tres meses

y veintidós días.

Ya nunca más refugio.

(Pausa breve.)

Traté de acomodarte en mi mundo,
pero te negaste,
presintiéndolo.

(Pausa.)

Siempre me decías que me podía la herida.
¿Qué herida?,
te preguntaba yo.
Y entonces me salías,
como si aquello fuera una respuesta,
con que hay dos clases de personas:
las que se entregan a la búsqueda
y aquellos que se resignan en la espera.

(Pausa.)

Me llamo Helena,
tengo treinta y siete años
y todavía sigo buscando.

*(Aparece Pedro en el umbral de la puerta enfocándola con su cámara, una
toalla rodeándole la cintura. Flash. Oscuro final.)*